

Reflexiones

¿Un cura para qué? Sobran los dedos de una mano

Why a priest? There are too many fingers on one hand

JUAN DE AGUIRRE^a

Hace casi treinta años, cuando llegué como capellán al hospital, me programé para no incomodar a los pacientes y a sus familias. Debía estar abierto a cualquier respuesta. Aceptar cualquier rechazo. El centro de la escena, el protagonista de la película es el paciente. Como cura, soy sólo un actor de reparto.

Detrás de esta decisión se escondía una pregunta más profunda: ¿es necesaria la presencia de un religioso en un hospital? ¿Al menos es beneficiosa para los pacientes y sus familiares?

Comencé a recorrer sin saber muy bien qué hacer o decir, pero al poco tiempo me fue revelada una primera verdad: casi no existía el rechazo. Familias cristianas y no cristianas me recibían amablemente. Muchas expresaban su fe y su agradecimiento por la visita. Otras, simplemente, devolvían respetuosamente mi saludo. Casi siempre aceptaban una estampa o un rosario.

A lo largo de treinta años, me sobran “los dedos de una mano” para contar los rechazos. De esos rechazos, recuerdo especialmente uno: una niña de siete años y su padre que me pidieron que me retirara. ¿Puedo pasar a saludar cuando venga a la unidad o prefieren que siga de largo? Podía saludar desde la puerta. Hasta que un día, la niña sentada en su cama me saludó. Su papá me dijo que me estaba esperando porque quería ir a la capilla. Fuimos los tres y le enseñé las imágenes del templo. Durante años, cuando venía a control, era capaz de buscarme por los pasillos del hospital durante bastante tiempo. Hoy debe ser una mujer de treinta y siete años.

En boca cerrada...

La segunda gran revelación fue casi instantánea. No estaba en el hospital para “decir”. Mi misión era escuchar.

No me resultó demasiado difícil este aprendizaje. Por fortuna, ante las primeras preguntas, no encontré en mi corazón ninguna respuesta suficientemente acertada. ¿Por qué? No tenía ni tengo explicación. “Dios se lo llevó”, “era demasiado bueno para este mundo”, “hay un nuevo angelito en el cielo”. Todas me resultaban vacías. Expresión de un dios que se guarda para sí a los mejores, en vez de dejarlos con nosotros. Mejor haría en llevarse más de un canalla de nuestro mundo. “Dios te está probando”. Un dios sádico que se regodea en investigar como reaccionaremos ante el mal.

Eso no puede ser así. Y ante preguntas serias y profundas, es mejor guardar las respuestas y consuelos fáciles y superficiales.

Permanecía en silencio, consciente de la incomodidad del momento. Como un soldadito de plomo. Compartiendo el dolor de la gente. Gente que, comprendí más tarde, no buscaba una respuesta sino un hombro, alguien que escuchara su dolor, respeto... silencio. Silencio sacro. El silencio de quienes nos asomamos al “sagrario” del corazón dolorido de nuestros hermanos.

Curiosamente, en muchas ocasiones, recibí el agradecimiento de muchos papás que referían “cuánto bien les habían hecho mis palabras” (palabras que sabía muy bien que no habían sido dichas). Esas palabras eran mudas.

¡Qué bien andaría nuestro mundo si entendiéramos que muchas veces, la mejor palabra es el silencio! ¿No es así?

a. Capellán de la capilla San Luis Gonzaga del HNRG.



Un lugar en el mundo, el mundo en un lugar

La tercera revelación fue que había sido invitado a participar de un espacio mucho más rico que el de los niños con dolencias y sus familias.

Entrar al hospital es ingresar a un “pueblo”. Una variedad de gente maravillosa. Ser compañero de tantos trabajadores incansables. Un lugar donde se discuten alternativas para la salud de los niños. Pasillos donde se comentan cosas triviales y humanas. Compañeros con familias. Con hijos para bautizar o casar. Trabajadores que quisieran tomar la primera comunión, conversar un rato, colaborar con la capilla. Hemos compartido misas por motivos festivos y para despedir amigos que partieron. Celebraciones ecuménicas. Pascuas, Navidades.

Acostumbrado a que nuestras parroquias son lugares “católicos”, ha sido muy grato descubrir que la capilla del hospital es un lugar **de todos y para todos**. Un lugar donde llorar, donde amamantar a los bebés o comer una merienda con los niños, cargar el celular, ensayar un coro o realizar muestras de arte o conciertos. **La capilla del hospital.**

Los años han pasado, y estos años están llenos de gratitud. Me considero un privilegiado. Se me ha permitido caminar mi sacerdocio por los sagrados corredores de nuestro hospital.

La riqueza de nuestro lugar de trabajo es extraordinaria. Tanta gente, tantas ocupaciones tan diversas. Todos en la búsqueda de dar a nuestros niños, eso que merecen.

Un chiste, una sonrisa, una chicana futbolística. Saludos, buenos deseos, cariño y benevolencia. Así es caminar por los pasillos del “Gutiérrez”.

Si me preguntaran cuál es el mejor lugar del mundo para ser cura, no tengo dudas de mi respuesta. Mi lugar en el mundo es el Hospital de Niños, que es “el mundo en un solo lugar”.

También es un lugar donde se sufre. El dolor está presente en cada corredor, en cada cama, en cada sala de padres. Ahora que se acerca la navidad, comparto una experiencia muy honda: “cada cama de nuestro hospital, es un pesebre que alberga al niño Dios”. A nosotros se nos invita a visitar ese pesebre como a los pastores aquella noche de hace dos mil años. Pastores, todos nosotros, con nuestras historias “Sanadores heridos”.

Treinta años después, creo humildemente que la presencia de un religioso en el hospital abre las puertas a una mirada trascendente que es beneficiosa para toda la comunidad. Lo ha sido para mí.

Me animo a concluir contando una de tantas gratificaciones. Un día le dije a Ariel Caniu, paciente por largo tiempo, “no sé si sos un hijo, un hermano o un amigo”. “Yo sí sé, contestó. A veces sos un padre, y sos un hermano y un amigazo”. Casi que no necesito nada más.